

LAURA MASSOLO

SI LAS RAMAS NO ALCANZAN

Un jurado presidido por don Andrés Ramos Vázquez,

vicepresidido por don Ángel Luis Gómez Blázquez y doña Imelda Fernández Rodríguez,

y compuesto por don Luis Mateo Diez, don Ángel García López, don Manuel Longares, don Luis Alberto de Cuenca, doña Fanny Rubio, don Ángel Basanta, don Santos Sanz Villanueva, don Ángel Luis Prieto de Paula, doña Penélope Acero, doña María Ángeles Pérez López, doña Care Santos, doña Pilar Adón, don José Ovejero, doña Cristina Linares, don Joan Tarrida y doña Clara Barbero Penas, en su calidad de secretaria del Jurado,

otorgó a la presente obra el
XXXIII PREMIO TIFLOS DE CUENTO
convocado por la



LAURA MASSOLO

SI LAS RAMAS NO ALCANZAN

XXXIII PREMIO TIFLOS DE CUENTO



Massolo, Laura,

Si las ramas no alcanzan / Massolo, Laura. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa ; Barcelona : Ediciones Castalia, 2023.

144 p. ; 22,5 x 14,5 cm.

ISBN 978-987-628-733-3

1. Cuentos. I. Título.

CDD A863



es un sello propiedad de  edhasa

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires

info@edhasa.com.ar

<http://www.edhasa.com.ar>

Diputación 262, 2º1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

E-mail: info@edhasa.es

Primera edición: mayo de 2023

Primera edición en Argentina: octubre de 2023

Ilustración de la cubierta: istockphoto

© de la edición: Laura Massolo, 2023

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2023

ISBN 978-987-628-733-3

Depósito Legal B 8966-2023

Impreso en Oportunidades S.A.

Impreso en Argentina



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

«Creemos adivinar los sentimientos del otro, no podemos, por supuesto, nunca podremos. No tiene importancia. En realidad, es la ternura la que me interesa. Ése es el don que me conmueve, que me sostiene, esta mañana, igual que todas las mañanas».

Raymond Carver

VINOS ARGENTINOS

Excelentísimo señor embajador. Taché. Será el tratamiento formal, pero, en el siglo XXI, sonó antiguo. (Tenga usted a bien venderme un zapallito. Siéntase usted en su casa. ¿Gusta usted servirse un canapé?).

No.

Estimado señor embajador. Taché.

Señor embajador.

De mi mayor consideración. Otra vez. Taché.

Señor embajador, me dirijo a usted a fin de solicitarle tenga a bien... No.

... de solicitarle su intervención en la repatriación de mi obra pictórica. Mi obra pictórica titulada. Titulada.

Estuve un rato largo pensando cómo evitar el título.

La obra pictórica de mi autoría que ha tenido el honor de ser expuesta. No.

Que ha sido expuesta durante la exposición. Redunda.

Que ha sido exhibida durante la exposición.

Me resultó muy difícil escribir la nota, pero fue lo que me aconsejaron: si no lo pedís en la embajada, nunca te van a mandar ese cuadro.

Al final, le agradecí al embajador la atención deparada

y me despedí respetuosamente. No, atentamente, no; cordialmente, Lorena Broc.

Esas notas suelen caer en el despacho de asuntos culturales y la que contesta, siempre, en nombre del embajador, es una secretaria. Además, se toman su tiempo.

Esa noche apagué el ordenador y me olvidé del cuadro.

Al mediodía encontré la respuesta del mismísimo embajador.

Hola, Lorena:

Feliz de recibir noticias de mi tierra, me dispongo a contestarte y a ocuparme de inmediato de tu asunto.

No fui a la exposición porque estuve descompuesto esos días, pero sé que resultó un éxito. Te pido disculpas.

Hoy tampoco me siento muy bien. Vengo de una de esas cenas diplomáticas en las que se supone que todo lo típico tiene que gustarte, y, la verdad, daría la vida por un buen bife de chorizo. Pero no se trata de la comida, sino de ese silencio durante el que no podemos callarnos ni un segundo y, no obstante, estamos sin decir absolutamente nada.

Extraña situación la de estar lejos.

He pedido que me remitan a otra misión, pero algunos conflictos me obligan a permanecer aquí un año más, por lo menos.

Suerte que el vino de la cena era argentino: un pinot noir mendocino de los que se quedan acariciando el paladar. No sólo tomé bastante, sino que logré que el mozo, con una buena propina, metiera dos botellitas en mi portafolio. Ahora mismo acabo de descorchar la segunda para celebrar tu mensaje.

Necesito saber cómo se llama tu cuadro así mañana, tipo medio-día, porque antes no me voy a despertar, mando a descolgarlo y te lo hago llevar en un avión. Cancillería, en Buenos Aires, se hace cargo del costo del envío, no te preocupes. Aquí nunca tenemos presupuesto.

Espero tu respuesta y te saludo alzando la copa de este buen tinto.

José

Sospeché que se trataba de una broma. Sin embargo, debajo, a modo de firma, estaba el nombre completo del embajador con el escudito de la República Argentina. Calculando la diferencia horaria, él llegaba de una cena casi a la hora de mi almuerzo.

Me levanté de la silla, prendí un cigarrillo, pensé. No podía contestarle en el mismo tono informal. Si el mensaje era del embajador, mi obligación era seguir respetuosamente desde el lugar de una artista que hace una solicitud; si alguien me estaba jodiendo, no iba a entrar en el juego.

Contesté:

Muchas gracias, señor embajador, cumplo en informarle de que mi obra se titula *Vulvas jugosas*. Agradeciendo su pronta respuesta, lo saluda atentamente,

Lorena Broc

Me fui al taller, di una clase, pinté hasta la noche, cené abajo, en el bar sucio de siempre. Me inquietaba la respuesta. Ya no era la preocupación por el cuadro, sino la

curiosidad por el tratamiento insólito del supuesto embajador.

En efecto, estaba el *e-mail*.

Hola, Lorena:

Ahora me levanto. Anoche me tomé las dos botellas del pinot noir y tengo un dolor de cabeza que ni te cuento. Ahora dudo de que haya sido argentino; los vinos argentinos jamás me dieron dolor de cabeza.

¿Querés creer que esta noche hay otra cena? Debo tener el colesterol altísimo. Pero hoy tengo cierta ventaja: me dejaron elegir el vino. No lo dudé: opté por un *malbec*.

Vamos a lo tuyo... Ejem, ¡qué titulito el de tu obra! Ja, ja, ja. No te ofendas, por favor, ya me informé y sé que sos una gran artista, así que mis respetos.

Estuve viendo tus pinturas, tus fotos. En tu blog hay algo así como alegría, colores, energía, no sé. Ahora, con ese título, en vez de mandar a alguien al predio, voy a ir en persona. Le voy a decir al encargado: ¿me da las vulvas jugosas? ¡Ja, ja, ja! Me imagino la cara del tipo y muero de risa. (No sabés cómo me duele la cabeza, tampoco debés imaginarte lo buena que es esta risa que vino de golpe, nueva, rara, distinta).

Hoy sin falta te contaré que tengo tu obra en mi poder. Y me voy a encargar yo mismo de hacer la solicitud para la valija diplomática.

Tranquila, Lorena, que las vulvas jugosas volverán a nuestras pampas.

Besos,

José

Otra vez, debajo, el título oficial, el escudito, el nombre completo.

Yo me dormía, él acababa de despertarse.

Entendí la insistencia en el tema del vino. Supuse un enajenamiento permanente. Igual, mi desconcierto era gigantesco.

Esta vez ni contesté.

El siguiente *e-mail*, a la mañana siguiente, fue más serio:

Querida Lorena:

Estoy muy impresionado con tu obra. ¡Felicitaciones! No entiendo nada de pintura ni de arte abstracto, pero logro interpretar el mensaje de altísimo erotismo que transmite tu pincel. Veo esas vulvas, las veo: son como uvas a punto de explotar, racimos de canarí que laten en medio de esos rosados intensos y voluptuosos, como si salieran de tus manos, que imagino suaves y sensibles. Tengo la tela desplegada sobre mi cama y busco fotos tuyas en internet. Es hora de irme a la insufrible cena de hoy. Estoy harto de tantos compromisos. Quizá me consuele un buen vino rosado.

Gracias por dejarme sentir todo esto, no sabés cuánto bien me hiciste: un pedazo pintado de mi sueño de estar allá de nuevo, pintado con algo de milagro, con algo de humedad quizá. Con mucho de real, de cercano, de verdadero.

Beso y abrazo.

Ese día tuve muchos compromisos. Volví tarde, cansada y con buenas noticias. Me habían propuesto la gira internacional con la «Expo-eros».

Por un momento, y con tal de terminar con ese absurdo, pensé que tal vez no fuera necesario que el embajador me mandara el cuadro: yo misma podía ir a buscarlo más adelante, pero mi marchante me advirtió que las obras que quedan mucho tiempo en otro país suelen perderse o sufrir daños, así que me di una ducha y, antes de acostarme, encendí la computadora.

El embajador me había mandado dos *e-mail*, uno más terrible que el otro.

El primero relataba, confusamente, todo lo que había comido y bebido durante la cena de la noche anterior, pero remataba en un final desesperante:

... orgullosos de servir un pescado con cabeza y con ojos. ¿Cómo vas a comerte a un animal que te mira de costado? Me espanta la muerte, Lorena, te lo confieso. Esta soledad me ha vuelto más vulnerable. Esta forma de espanto que tienen los silencios me mira con unos ojos muertos, de costado. Me rodean los silencios en medio de tantas y tantas voces que no son mías, que no son nuestras.

Hoy no voy a salir de mi habitación.

Maldigo mi gestión diplomática.

Quiero vacas, campos, mujeres hermosas como vos, un churrasco jugoso de cuadril, un mate amargo, tu compañía, este cuadro en la cabecera de nuestra cama, tu pincel en mi pecho, esta soledad que se diluye con sólo nombrarte.

Con espanto, deduje que el embajador, además de estar borracho, se drogaba con algo muy fuerte. Y yo no tenía, a esas horas, a quién denunciarlo. Pensé en llamar a la policía

o a la guardia de la embajada. Decir, por ejemplo: el embajador de Argentina en tal país me está mandando mensajes obscenos, o bien, el embajador fulano de tal me acosa sexualmente por correo electrónico, o bien, señores, uno de nuestros representantes diplomáticos es alcohólico. Imaginé un interlocutor muerto de risa. Nadie me iba a creer.

Casi con pánico, abrí el segundo *e-mail*:

Perdón, Lorena. No sé lo que hago. Algo extraño me pasó desde que recibí tu primer correo. De estar muerto a vivir y, al mismo tiempo, entender la insensatez de estar vivo deformando la verdadera voz con que quisiera hablarte. Perdón. Por ser grosero y desatinado. Perdón. Estoy mal, muy mal. Me arrepiento de haber mandado el mensaje anterior. Perdón.

Fui a la cocina y abrí una botella de vino blanco. Tomé dos copas, de golpe, a propósito, sin mirar la etiqueta.

Me hubiera gustado tener a quien llamar para contarle lo que me estaba pasando. Miré la hora y el teléfono, y me golpeó bien de frente mi propia soledad.

No dormí esa noche. Me puse a buscar fotos del embajador en la web. Encontré muy pocas, borrosas y lejanas: un hombre joven erguido entre hombres de otra raza, de otro idioma, de otro punto del planeta. Intenté ampliar las imágenes para verle los ojos, no pude. Intenté componer una sonrisa o una tristeza más cercanas. Y me sentí tonta, pueril, un poco desarmada, responsable de haber activado vaya a saber qué mecanismos a través de una distancia inconcebible.

Recordé mi paso fugaz por aquel país: el bullicio de la exposición, las pocas horas, las rarezas y las incomodidades, y, sin embargo, la ventaja de haber estado rodeada por compatriotas con quienes compartir y comentar las novedades del evento. ¿Me había sentido acompañada? ¿No fue esa vez, como fueron y son tantas otras, una ocasión más de saberme desierta, arrancada de mis hábitos, desvalida ante lo extraño?

De repente me dio la risa. Fabulé una historia de amor estallando entre dos desconocidos, cada uno situado en un extremo del mundo, cada uno instalado ante sus propios vacíos, cada uno un poco ebrio y desencajado de la realidad.

Amanecía cuando volví a la casilla de correo.

Quizá la solución sería que vinieras a buscar tu cuadro, Lorena. Puedo gestionarlo desde aquí, inventar que se requiere tu presencia, no sé, algo, cualquier excusa. Imposible recomponer el desastre de mis exabruptos de otra manera. Sé que no voy a dormir esta noche. Y sé que pensarás que estoy loco, pero, en realidad, te estoy pidiendo auxilio. Por favor, ven.

Me dio algo así como un impulso y le contesté:

José, estás loco, borracho y drogado. No voy a admitir más faltas de respeto. Estoy decidida a denunciarte. Mandame el cuadro y terminemos con esta pelotudez. Lorena.

La respuesta fue inmediata:

Al menos, ya me llamás por mi nombre.

Miré el reloj. Eran las siete de la mañana. Fui a la cocina, terminé la botella de vino y volví a la computadora con determinación asesina.

Decime la verdad, ¿quién carajo sos?

Respuesta:

Dame tu número telefónico y te explico.

No me pareció que debiera hacerlo. Estaba mareada y me dolía el cuerpo, pero la claridad de la ventana me devolvió cierta lucidez: seguro que el tipo era un *hacker* y se había metido en mi primer mensaje al embajador. Por un momento sentí terror. ¿Y si esto fuera a parar alguna vez a la embajada? ¿Cómo había consentido que las cosas llegaran hasta ese punto?

Tenía que salvar mi honor.

Escribí:

Excelentísimo señor embajador:

Temo que se haya generado una terrible confusión en nuestros correos. Es evidente que una desagradable interferencia ha desvirtuado la solicitud de repatriación de mi obra pictórica *Vulvas jugosas*. Me pongo a su entera disposición a los fines de que este equívoco quede debidamente aclarado pidiéndole las disculpas correspondientes. Mi número telefónico es el 0054-11-77...

Un respetuoso saludo,

Lorena Broc

Hice clic en enviar y sonó el teléfono.

–Soy el embajador de tu país en un país muy lejano –me dijo–. Es cierto, estoy borracho, me muero de tristeza, las ventanas son oscuras e infinitas, no entiendo al mundo ni me entiendo. Tal vez seas la mujer que esperé toda mi vida.

Quise protestar, gritar, rechazar, pero el vino me había empastado la lengua.

Él siguió:

–Mañana te va a llegar el boleto de avión. Un auto con placa oficial te va a esperar en el aeropuerto. Todo va a salir bien.

Y cortó.

En los días que siguieron, casi no abrí el correo. Los mensajes fueron a parar a la papelera, uno tras otro; incluso el de la compañía aérea.

La única mentira de esta historia me pertenece: fue, es y será la de ocultarme tras un pincel que desparrama jugos de colores, uvas reventadas entre horas solitarias. Como el día y la noche, como la humedad y la sequía, como las uniones imposibles, como la felicidad que de nuevo quiso mirarme de costado con unos ojos muertos.

Conservo, como un emblema, la botella vacía de aquel vino con el que casi alcancé la desmesura: un torrontés que quiso parecer torrente pero fue dique. También tengo mi cuadro, enrollado en la oscuridad de un armario.

El señor embajador decidió dejar de escribirme cuando constató en mí el mismo silencio que atormentaba sus días, cuando su vida y la mía volvieron a ser solo silencio.

Después, todo lo que supe de él, lo supe por los diarios.